

las demencias de tor  
adormecida tan on  
lecho, como V  
inmensid

Se

yendo por mí. Me vanagloriaré de tí, ya lo verás. Mi amor ligero causará una contusión á la real familia de los Estuardos, á la que pertenezco. Por fin respiro! Al cabo encontré la salida y voy á verme fuera de la majestad. Salirme de mi esfera es ser libre; desafiálo todo y romperlo todo es vivir. Escucha, yo te amo.

Se interrumpió para lanzar á Gwynplaine espantosa sonrisa, y continuó en seguida:

—Te amo, no solo porque eres deforme, sino porque eres un sér despreciable; me entusiasma en tí el mónstruo y el histrion. Tiene sabor extraordinario el amante humillado, bufon, grotesco y repugnante, que se expone para que el público se ria de él en la picota que se llama teatro; eso es morder una fruta del abismo, y es exquisito un querido infamante. Tener entre los dientes la manzana, no del paraíso, sino del infierno, es la verdadera tentación, y yo tengo esa hambre y esa sed, yo soy esa Eva, la Eva del abismo. Tú eres un demonio, probablemente sin saberlo. Me he conservado para la máscara de mis sueños. Tú eres un muñeco de carton, al que un espectro tira del hilo; eres la visión de la gran risa infernal. Eres mi dueño y te esperaba. Necesitaba un amor como el de las Medeas ó el de las Canidias. Estaba segura de que me sucedería alguna de las extrañas aventuras de la noche. Eres lo que yo deseaba. Te digo un monton de cosas que no debes comprender. Nadie me ha poseído, Gwynplaine, y me entrego á tí, pura como la brasa ardiente. No me crearás, pero tú ignoras que esto me es indiferente.

Las palabras de la duquesa salian de sus labios con el atropello de una erupción: si se practicase una abertura en un flanco del Etna, daría una idea exacta de su chorro de llamas.

Gwynplaine balbuceó:

—Señora!...

—¡Silencio, que te estoy contemplando!... Gwynplaine, soy mujer sin mancha, pero desenfadada. Soy la vestal bacante. Ningun hombre me poseyó; podría ser la pitonisa de Delfos y apoyar el talon desnudo sobre el trípode de bronce, en el que los sacerdotes se apoyaban con los codos sobre la piel de Piton para dirigir sus preguntas al dios invisible. Mi corazón es de piedra, pero semejante á los guijarros misteriosos que el mar arrastra al pié de la roca Huntly Nabb, en la embocadura de la Thees, dentro de los que, cuando los rompen, se

encuentra una serpiente. Mi amor es mi amor. Amor todo, que te hizo venir mediando en una distancia imposible. Yo estaba y tú estabas en Allioth; recorriste una mesurada travesía y ya estás aquí. Alegre. Tócame. Tócame.

La duquesa se paró, estremeciéndose; despues, sonriendo, prosiguió:

—Gwynplaine, soñar es crear; un deseo es un llamamiento. Construir una quimera es provocar á la realidad. La sombra todopoderosa y terrible no quiere que desconfiemos de ella, y satisface nuestros deseos y te trae á mi lado. ¿Me atreveré á perderme? Sí. ¿Me atreveré á ser tu querida? Con verdadero placer, porque, Gwynplaine, soy mujer, y la mujer es arcilla que desea ser fango. Tengo necesidad de despreciarme á mí misma. Esto sazona el orgullo. La liga de la grandeza es la bajeza; nada se combina tan bien. Despréciame tú, á quien todos desprecian. Envilecerse con el envilecimiento es una voluptuosidad, y yo quiero coger la flor doble de la ignominia. Sabes por qué te idolatro? porque te desprecio; estás tan por debajo de mí, que te pongo en un altar. Mezclar lo alto con lo bajo es producir el caos, y el caos me deleita. Todo empieza y acaba por el caos. Qué es el caos? un inmenso ensuciamiento; de él Dios sacó la luz y su cloaca formó el mundo. No sabes hasta qué extremo soy perversa. Soy un astro petrificado en el fango.

Hablando de este modo, aquella mujer formidable enseñaba desnudo por entre la ropa deshecha su torso de virgen.

Despues prosiguió:

—Soy perra para tí y loba para todo el mundo; ¡cómo voy á asombrar!... ¡Me es muy grato el asombro de los imbeciles!... No soy diosa? Pues Anfítrite se entregó al ciclope *Fluctivona Amphitrite*. No soy hada? Urgelia se entregó á Bugryx, el andropstero, que tenia ocho manos. No soy princesa? Pues María Estuardo amó á Rizzio. Esas tres beldades se enamoraron de tres mónstruos. Pero yo valgo más que ellas, porque tú eres más horrible que ellos. Hemos nacido el uno para el otro; Gwynplaine, tú eres mónstruo por fuera y yo lo soy por dentro. Este es el motivo de mi amor, ó si quieres darle otro nombre, de mi capricho. Hay entre los dos afinidad sideral; uno y otro pertenecemos á la noche, tú por la fisonomía y yo por la inteligencia. En cuanto tú llegas, sale el alma fuera de mí, el alma que yo desco-

las demencias de tendente. Tu sola adormecida tan ca para hacer salir un lecho, como a. Tú me revelas mi verinmensidad, consigues que me se a á mí misma. Ya ves que me zco á tí. Mírate en mí como en un espejo; tu rostro es mi alma. No sabia yo que era horrible hasta este extremo. Soy tambien un mónstruo!

La duquesa, riendo como un niño, se acercó á la almohada y le dijo en voz baja:

—Vas á ver una mujer loca!

Gwynplaine absorbió la mirada que ella le lanzó. Una mirada es á veces un filtro. La ropa de la duquesa tenia desarreglos temibles. El éxtasis ciego y bestial invadía á Gwynplaine; éxtasis que participaba de la agonía. Mientras aquella mujer hablaba, el saltimbanqui sentia salpicaduras de fuego y no se encontraba con fuerzas para hablar. Ella, interrumpiéndose y contemplándole, le asió bruscamente las dos manos y le dijo:

—Gwynplaine, yo soy el trono y tú eres el tablado; caigo en él y soy dichosa. Quisiera que todo el mundo supiera hasta qué punto soy abyecta. Se prosternarian más aun ante mí, porque el que más nos aborrece es el que más se arrastra. Así es el género humano; hostil, pero reptil; dragon, pero gusano. Soy depravada como los dioses! No desmiento que soy la hija bastarda de un rey y obro como reina. ¿Qué era Rhodopa? Una reina que amó á Phtéh, que era un hombre con cabeza de cocodrilo, y construyó en honor de éste la tercera pirámide. Pentesilea amó al centauro, llamado Sagitario, que es una constelación, y Ana de Austria á Mazarino, que era bastante feo. Pero tú no eres feo, eres deforme. La fealdad es una pequeñez y la deformidad una grandeza. Lo feo es la mueca que hace el diablo detrás de lo bello, y lo deforme es el reverso de lo sublime. El Olimpo tiene dos vertientes: una en la claridad, que produce á Apolo, y otra en la sombra, que produce á Polífemo. Tú eres un Titán; serias Behemoth en un bosque, Leviatán en el Océano y Tifon en la cloaca. Tú eres supremo. Parece que el rayo haya causado tu deformidad y que haya desarreglado tu fisonomía. Parece que hayas sufrido un cólico puñetazo de llama en el rostro, que al apagarse te lo petrificó. La vasta cólera de la oscuridad, en un acceso de rabia, enredó tu llama debajo de tu espantoso semblante

sobrehumano. El infierno es un brasero penal, donde se calienta el hierro rojo que se llama la fatalidad, y tú estás marcado con ese hierro. Amarte es comprender lo que es grande. Yo alcanzo este triunfo. Te amo y te he soñado muchas, muchísimas noches. Este palacio es mio. Te enseñaré los jardines; hay en ellos manantiales que cubren las ramas y las hojas; hay grutas que convidan á abrazarse y grupos de mármol de Bernin. Hay muchísimas flores; en la primavera hay un incendio de rosas. No sé si te he dicho que soy hermana de la reina, pero haz de mí lo que quieras, que he sido creada para que Júpiter me bese los piés y para que Satanás me escupa á la cara. Qué religion profesas? Yo soy papista; mi padre Jacobo II murió en Francia rodeado de gran número de jesuitas. Nunca sentí lo que siento á tu lado. Quisiera estar por la noche junto á tí, mientras tocase una música, pegados los dos á un mismo almohadon, debajo de la vela de púrpura de una galea de oro, en medio de las infinitas dulzuras del mar. Insúltame. Pégame, pégame. Trátame como á una infeliz criatura, que yo te adoro.

Hay caricias que ruborizan, pero aquella mujer sabia combinar la fiereza con la gracia, y esta combinacion producía un resultado trágico; ya enseñaba la garra, ya la mano delicada. Idolatrababa con insolencia, y sabia comunicar su locura con su lenguaje inexpresable, violento y tierno á la par. Sus insultos no ofendían, porque ultrajaba lo que adoraba, y daba bofetones á lo que deificaba; su acento imprimía á sus palabras, furiosas y enamoradas, cierta grandeza de Prometeo. Las fiestas de la gran diosa, que cantó Esquilo, daban á las mujeres que buscaban á los sátiros á la luz de las estrellas su sombría rabia épica; sus paroxismos complicaban las danzas en la oscuridad, debajo de las ramas de Dodona. Aquella mujer se transfiguraba, si es posible transfigurarse á la parte opuesta al cielo; sus cabellos se estremecian, como la melena del leon; sus ropas se cerraban y se abrian, y era sobrenatural la lucidez de su pupila azul al lado del centelleo de su pupila negra. Gwynplaine desfallecía ante tan irresistible tentacion.

—Yo te amo! gritó aquella mujer, estampando un beso en la boca del saltimbanqui.

Homero extendía nubes para que cubriesen á Júpiter y á Juno, que quizás

iban á ser necesarias para Gwynplaine y Josiana. Era para Gwynplaine exquisito y fulgurante ser querido de aquel modo por una mujer que no era ciega, que le veía y que le oprimía los labios con la presion divina de los suyos. Perdía la memoria ante aquella gran señora, llena de enigmas, y hasta el recuerdo de Dea se desvanecía en él.

Gwynplaine amaba á la duquesa? ¿Tiene el hombre, como el globo, dos polos? ¿Somos la esfera que dá vueltas sobre eje inflexible, astro de lejos, fango de cerca, en la que alternan el dia y la noche? ¿El corazon tiene dos lados: uno que ama, en la parte luminosa, y otro que ama, en la parte oscura, y en aquel la mujer es rayo y en el otro cloaca? Siendo necesario el ángel, ¿será tambien necesario el demonio? ¿Suena la hora crepuscular fatalmente para todos? ¿La falta constituye parte integrante de nuestro destino, que no podemos rehuir? ¿Es la falta una deuda que debemos pagar? Misterios son esos impenetrables.

Existe, esto no obstante, una voz interna que nos dice que es un crimen ser débiles. A Gwynplaine le combatian en aquellos momentos la carne, la vida, el espanto, la voluptuosidad, la embriaguez, que le abatía, y toda la vergüenza de que es capaz el orgullo.

Iba acaso á caer?

—Yo te amo, repitió Josiana, estrechando contra su pecho al volatinero jadeante.

De repente, cerca de ellos, sonó vibrando una campanilla; era el timbre de la pared que tocaba. La duquesa volvió la cabeza y preguntó:

—Quién es?

Bruscamente, produciendo el ruido del resorte de una trapa, se abrió el pannean de plata que tenia incrustada la corona real y apareció un trono forrado de terciopelo azul, que presentaba una carta en una fuente de oro. La carta era voluminosa y cuadrada, colocada de modo que se pudiese ver el sello, que estaba marcado sobre cera roja. El timbre continuaba sonando.

El pan neanabierto tocaba casi con el canapé donde estaban sentados los amantes. La duquesa, reclinada y sosteniéndose con un brazo del cuello de Gwynplaine, extendió el otro brazo, tomó de la fuente la carta y empujó el pannean. El torno se cerró y calló el timbre.

La duquesa rompió la cera y el sobre, sacó dos pliegos que contenía la carta y arrojó el sobre á los piés de Gwynplai-

ne. A pesar de no estar en la cera, éste pudo adivinar la rona real y debajo la letra A. los dos pedazos del sobre desgarrado en dia leerse esta direccion: *A su gracia de duquesa Josiana.*

Los dos pliegos que llegaron á las manos de la gran señora, uno era un pergaminos y el otro una vitela; el pergaminos grande y la vitela pequeña. El pergaminos llevaba el sello de cera verde de la cancillería. Palpitante la duquesa y con los ojos estáticos, hizo imperceptible mohin de fastidio.

—Qué será esto que me envía? Papeles viejos. Qué fastidiosa es esa mujer!...

Dejando el pergaminos en el canapé, entreabrió la vitela.

—Es su letra, dijo; es la letra de mi hermana. Gwynplaine, antes te pregunté si sabias leer. Sabes?

Gwynplaine hizo en la cabeza un signo afirmativo.

La duquesa se extendió en el canapé, casi acostada; ocultó cuidadosamente los piés entre la bata y los brazos en las mangas, con caprichoso pudor, dejando entreabierto el seno; mirando apasionadamente á Gwynplaine y dándole la vitela, le dijo:

—Gwynplaine, ya que eres mio, comienza á servirme. Léeme, amante mio, la carta que me escribe la reina.

El saltimbanqui tomó la vitela, la desdobló, y con voz temblorosa leyó lo siguiente:

“Señora:

Os enviamos la copia adjunta de un proceso verbal, certificado y sellado por nuestro servidor William-Cowper, lord-canciller del reino de Inglaterra, de cuyo proceso resulta la considerable particularidad de que se ha encontrado al hijo legítimo de lord Lineus Clancharlie y que se ha identificado su persona, que es la conocida por el nombre de *Gwynplaine*, dedicado á la existencia ambulante y vagabunda, entre saltimbanquis y volatineros. Esta supresion de estado se remonta hasta su más tierna edad; segun disponen las leyes del reino, en virtud de su derecho hereditario, lord Fernando Clancharlie, hijo de lord Lineus, será desde hoy mismo admitido y reintegrado en la Cámara de los Lores. En prueba del afecto que os profesamos y deseando que conserveis la transmision de los bienes y dominios de los lores Clancharlie Hunkerville, le sustituiremos respecto á vos á lord David Dirry-Moir. Hemos hecho conducir á lord Fernando

de Corleone-lodge, y las demencias de querremos, como reina y adormecida mañana, que dicho lord Fernanlecho, con charlie, llamado hasta hoy Gwynimmeraine, sea vuestro esposo y os casareis con él, porque esta es nuestra voluntad real."

Mientras el volatinero leía, cambiando de entonación casi á cada palabra, la duquesa, erguida en el canapé, escuchaba, con los ojos fijos en el lector. Cuando Gwynplaine terminó la lectura de la carta, ella se la arrancó de las manos.

—ANA, REINA, dijo la duquesa leyendo la firma con particular entonación. Recogió del suelo el pergamino que había arrojado á él y le leyó para sí. Era la declaración de los naufragos de la *Matutina*, copiada en un proceso verbal, firmado por el sheriff de Southwark y por el lord-canciller.

Cuando terminó la lectura del proceso verbal, releyó el mensaje de la reina; después exclamó:

—Sea!

Y con calma, señalando con el dedo á Gwynplaine la puerta de la galería por la que entró, le dijo:

—Salid!

Gwynplaine quedó petrificado y permaneció inmóvil.

La duquesa, con acento glacial, repuso:

—Ya que sois mi marido, salid.

Gwynplaine, sin poder articular palabra, con los ojos inclinados al suelo como un culpable, no se movía.

La gran señora añadió:

—No tenéis derecho para estar aquí. Este es el sitio de mi amante.

Gwynplaine continuaba clavado en tierra.

—Pues bien, dijo Josiana. Si no os vais, me iré yo. Sois mi marido, ¡tanto mejor! Os odio.

Levantóse, y lanzando á no sé quién en el espacio un altivo gesto de adios, salió de la cámara.

El portier de la galería se cerró tras ella.

## V.

Nos reconocemos, pero no nos conocemos.

Gwynplaine quedó solo, solo ante la pila de baño tibio y ante la cama deshecha.

La pulverización de sus ideas llegó á su colmo. Lo que pensaba no tenía la realidad del pensamiento; era una difusión, una dispersión, la angustia de en-

contrarse en lo incomprensible. Había en él algo semejante al ¡sálvese el que pueda! de un sueño.

La entrada en mundos incomprensibles no es cosa muy sencilla. Desde la carta de la duquesa que le entregó el *groom*, una serie de sucesos sorprendentes pasaban ante Gwynplaine, cada vez menos inteligibles. Hasta este instante soñaba, pero veía claro; desde ahora andaba á tientas. Ya no pensaba, ni soñaba; sufría.

Gwynplaine se quedó sentado en el canapé, en el mismo sitio en que la duquesa le dejó.

De repente oyó en la oscuridad ruido de pasos de hombre; esos pasos venían de la parte opuesta á la galería por donde salió la duquesa, y se aproximaban. Gwynplaine, á pesar de su absorción, les prestó oído.

Súbitamente, á la parte de allá de la cortina de tela de plata, que la duquesa dejó entreabierta, detrás de la cama, la puerta que era fácil sospechar que existía tras el espejo se abrió del todo, y una voz masculina y alegre, cantando, lanzó hasta la cámara de los espejos el estribillo de una antigua canción francesa:

*Trois petits goret sur leur fumier*

*Juráient comme des porteurs de chaise (1).*

Entró un hombre que llevaba espada al cinto y en la mano un sombrero con plumas, con cordoncillo y escarapela, y que vestía traje de marino, galoneado.

Gwynplaine se levantó al verle, como si un resorte le hubiera puesto en pié. Reconoció al que entraba y éste también á él; de los dos hombres, estupefactos, se escapó al mismo tiempo este grito:

—Gwynplaine!

—Tom-Jim-Jack!

El hombre del sombrero de plumas se acercó á Gwynplaine, que cruzó los brazos.

—Cómo estás aquí, Gwynplaine? le preguntó.

—Y tú á qué vienes? le interrogó á su vez el volatinero.

—Ah, ya comprendo! ¡Será un capricho de Josiana!... ¡No habrá podido resistir á la tentación de un saltimbanqui que es un monstruo! Te disfrazas para venir aquí, Gwynplaine.

—Y tú también, Tom-Jim-Jack.

—¿Qué significa ese traje de lord que llevas?

(1) Tres pequeños cerdos entre el estiércol juraban como dos conductores de silla de manos.—(N. del T.)

—¿Y qué significa ese traje de oficial de marina que usas?

—No respondo á las preguntas, Gwynplaine.

—Ni yo, Tom-Jim-Jack.

—Yo no me llamo Tom-Jim-Jack.

—Tampoco yo me llamo ya Gwynplaine.

—Yo estoy en mi casa.

—El que está en su casa soy yo.

—Te prohíbo que me hagas el eco. Si usas la ironía, yo usaré de mi bastón. Mide tus palabras, miserable!

Gwynplaine palideció.

—El miserable eres tú, y me darás satisfacción de ese insulto.

—En tu barracon, cuando quieras y á puñetazos.

—Aquí y á estocadas.

—Amigo Gwynplaine, la espada solo es arma de gentiles-hombres y yo solo me bato con mis iguales. Somos iguales ante los puños, pero desiguales ante la espada. En la posada Tadcaster, Tom-Jim-Jack puede boxar con Gwynplaine, pero en Windsor es diferente. Es necesario que sepas que soy contralmirante.

—Pues es menester que no ignores que soy par de Inglaterra.

El contralmirante lanzó extrepitosa carcajada.

—Y por qué no rey? dijo. Verdaderamente tienes razón, porque un histrion desempeña todos los papeles. Dime si te place que eres Teseo, duque de Atenas.

—Soy par de Inglaterra y nos batiremos.

—Gwynplaine, tu farsa es ya pesada. No te burlés de quien puede hacer que te azoten. Me llamo lord David Dirry-Moir.

—Y yo me llamo lord Fernando Clancharlie.

Lord David prorumpió en otra carcajada.

—Está bien discurrido que Gwynplaine sea lord Clancharlie, porque es preciso ese título para poseer á Josiana. Escucha y te perdono. Sabes por qué? Porque somos los dos sus amantes.

El portier de la galería se corrió y se oyó una voz que dijo:

—Caballeros, sois sus dos maridos.

Al oír esto los dos aludidos volvieron la cabeza.

—Barkilphedro! exclamó lord David.

Barkilphedro era efectivamente, y saludó sonriendo y profundamente á los dos lores.

Detrás de él, á alguna distancia, se veía á un gentil-hombre de fisonomía respetuosa y severa, que en la mano una varilla negra. A zó dicho gentil-hombre, hizo tres reverencias á Gwynplaine y le dijo:

—Milord, soy el ujier de la vara negra y vengo á buscar á vuestra señoría, cumpliendo las órdenes de su majestad.

## LIBRO OCTAVO.

### El Capitolio y su vecindad.

#### I.

Disecion de las cosas majestuosas.

La temible ascension, que hacia ya muchas horas que cambiaba los deslumbramientos de Gwynplaine y que le llevó á Windsor, le volvió á transportar á Lóndres. Las realidades mágicas se desarrollaban ante él sin solución de continuidad; no podía sustraerse á ellas: cuando una desaparecía, aparecía otra, sin dejarle respirar.

La suerte es un juglar: sus proyectiles, que caen, suben y vuelven á caer, son los hombres en las manos del destino: proyectiles y juguetes á la par.

La tarde de aquel mismo día Gwynplaine se encontraba en un sitio extraordinario. Estaba sentado en un banco flordelisado. Llevaba, sobre su traje de seda, una especie de toga de terciopelo escarlata forrada de tafetan blanco, roquete de armiño, y en los hombros dos tiras de armiño bordadas de oro.

Había á su alrededor hombres de todas las edades, jóvenes y viejos, sentados como él en asientos flordelisados, y como él vestidos de armiño y de púrpura. Delante de él había otros hombres arrodillados y vestidos con trajes de seda negra; algunos de estos escribian.

Enfrente de donde estaba Gwynplaine, pero á alguna distancia, veía un graderío, un estrado y un dosel; un ancho escudo brillante, en el que campeaban un león y un unicornio, y en lo alto de las gradas, en el estrado y bajo el dosel, pegado al escudo, un sillón dorado, que remataba en una corona: era el trono, el trono de la Gran-Bretaña.

Gwynplaine estaba sentado, como par, en la Cámara de los Pares de Ingla-